

El pescador de jacintos (cuento)

Napoléon Rodríguez Ruiz
Universidad de El Salvador
Rector 1959-1963

Resumen del editor

Graduado como doctor en Leyes por la Universidad de El Salvador, Napoleón Rodríguez Ruiz fue reconocido como jurista y escritor costumbrista. Fue decano de las facultades de Economía y Humanidades. También fungió como presidente del Consejo Superior Centroamericano (CSUCA). Por su novela *Jaraguá* es considerado una de las grandes voces de la narrativa hispanoamericana del siglo XX.

El cuento que transcribimos a continuación fue publicado originalmente en la revista *La Universidad*.

Palabras clave:

Literatura salvadoreña, narrativa costumbrista, historia de la Universidad de El Salvador

Abstract of the publisher

He graduated as a Doctor of Laws from the University of El Salvador, Napoleon Rodriguez Ruiz was recognized as a jurist and writer of manners. He was dean of the faculties of Economics and Humanities. He also served as president of the Central Council (CSUCA). For his novel Jaraguá is considered one of the great voices of the twentieth century Latin American narrative.

The story is transcribed below was originally published in The University.

Keywords:

Salvadoran Literature, folkloric narrative history of the University of El Salvador.

Las cosas podrían ser más dulces. Ayer no más, el día no se incrustaba doloroso en lo profundo de la carne. Las noches apretaban menos en la garganta. En el estero y en la gran bocana brillaban las estrellas y los peces.

(La transición naturaleza-hombre ha de invertirse cuando la historia triunfe, cuando el corazón del ser humano retorne a la pureza primitiva, y lluevan sobre él los gajos tiernos de la vida nueva. Mientras tanto, sufrimos y lloramos.)

Hoy, el dolor lo va cubriendo todo: la mirada, el pecho, la primera luz... La brisa musical se ha vuelto amarga. ¡Qué corto el pasado de gaviotas blancas y pájaros alegres! A las primeras lluvias, brotaban los cangrejos de la playa y el huracán saltando de los mangles a las olas fecundaba el aire, el agua y las arenas: aparecían nuevos peces, nuevas aves y en los labios del indio, risas nuevas. ¡Qué largo y duro es el presente de tristeza!

.....

El caballero se escondió bajo la arena. Su carrera loca quedó dispersa por la playa. La brisa marina se humedeció de lágrimas.

Martín respiraba hondo la marea alta del estero, perfumada de mangles y de espuma. Cinco años apenas. Corría feliz en la playa an-

cha. Se zambullía por la cresta de las pequeñas olas. Chillaba de alegría.

Todas las mañanas se despertaba muy temprano. Saltaba ágilmente sobre las dunas y corría hasta sumergirse rápido en el agua helada. Después huía de la punta espumante de los tumbos y repentinamente se volvía para golpear duro con el pie, la flor del agua que estallaba en mil gotas brillantes. Después se recostaba en un tronco seco a la orilla del estero y pasaba horas enteras observando el vuelo lento de los pájaros marinos. Otras veces, al sonar el cuerno del embarcadero indicando la llegada de una flotilla de canoas cargadas de legumbres o de flores, Martín se colocaba en tal forma que el jefe de los remeros advertía su presencia: "Venite, piojito, vamos a hacer este viajecito..." y bogaba por las aguas mansas del estero sobre amapolas y jacintos, sobre izotes en flor y verduras frescas... de vez en cuando, metía la mano dentro del agua; el jefe gritaba: "Cuidado, piojito... te puede comer un tiburón..." Martín simulaba miedo, más para sus adentros reía porque alguien le había dicho que hasta allí no llegaban los tiburones.. Y así siempre. ¡Cinco años apenas!

Cuando Martín iba a atraparlo, el caballero se escondió bajo la arena. Su carrera loca quedó dispersa por la playa. La brisa marina se humedeció de lágrimas.

Al cumplir siete años, su padre le llevó a pescar. Toda la noche pasó soñando con la gran aventura. Aparecían los monstruos que se tragan las balsas de un bocado. Las serpientes marinas, los pulpos con mil brazos, capaces de tumbar los mangles más fuertes. Tremaba de miedo, pero se levantó más temprano que nunca.

El pez ágil nadó tras el gusano. Quedó prendido del anzuelo, danzando su agonía hasta yacer inmóvil sobre la hierba fresca del canasto. Martín miraba asustando. Le dolían tremendamente las contorsiones del pez que jadeaba moribundo. Jamás puso olvidar sus ojos fijos, suplicantes. Lloró en silencio: era la primera vez que tropezaba con la muerte...

Cierto día se encontraba en una de las islas del estero, sentado en su canoa. Miraba divertido dos garzas blancas posadas en la rama de un mangle viejo y alto. De pronto resonó un disparo. Una de las garzas movió las alas, voló insegura, y cayó pesadamente en el estero. Instante después su largo cuello doblóse lentamente sobre el agua. ¿Por qué la habían matado? si la garza vuela tan bonito, si es tan blanca, si no se come... “Esa noche Martín tuvo sueños horribles. ¡Caaamarooooones y peeescadooos! ¡Caaamarooooones y peeescadooos! ¡Compren! ¡Compren!

La noche anterior había llovido largo y recio. Las primeras luces del día reverberaban en la superficie bruñida de los saladares. Sobre las ramas altas de los cocos, con las plumas encrespadas, tiritaban los azules clarineros. Una madrugada nebulosa, helada, escurríase entre la paja de los ranchos para apretar la piel semidesnuda de los indios. Martín, hecho un ovillo, embozado en su cobija, luchaba por vencer el frío y la pereza. La voz de su padre entumeció su intento:

—Mirá mujer, a este Martín hay que echarlo a trabajar; yo ya siento que me van faltando las fuerzas... si tan siquiera me vieras dado vos más hijos... hoy nos ayudarían; este Martín es más seco que su nana, pero de lago va a servir, no crés?

—Sí... contestó la mujer — yo no te lo bía dicho antes para que no fueras a pensar que le tenía ojeriza al cipote.

—Quitate esas babosadas de la cabeza... al fin y al cabo vos lo has criado: allá te lo debe estar agradeciendo la pobre vieja que estiró las patas... yo... pues... me siento viejo... este frío condenado hace uqe me duelan los huesos... y me arde todo el cuerpo... sí... lo pondremos a trabajar... a vender pescado.

Martín no oyó las úl-

timas palabras. Pensó que la brisa helada del mar se había hecho saltar las lágrimas muchas veces; pero las que corrían hoy por sus mejillas eran más saladas, más amargas... y le dolió no tener madre.

.....

Martín dijo quedito, quedito:

—Papá, a mí me da miedo la ciudad;

—¿Ummmmh?

—A mí me da miedo la ciudad;

—¡Ah! ¡carajo! tenés que hacer te hombre; ya cumpliste... ya cumpliste... gueno, un montón de años.

(A los siete años, hombres a los quince, ancianos; a los treinta son cadáveres).

—Pero me da miedo; me da miedo vaya; dicen que hay un genití.

—¡Ah!, jodido, déjese de babosadas; tiene que empezar a trabajar. ¿Mia oído? Ya es mucho haraganar.

Caminaban con su carga de pescado, rumbo a la ciudad, por una vereda trazada al sesgo de la playa, bajo un sol tórrido, entre zarzales y morros. Para no quedarse rezagado, Martín tenía que correr a menudo y entonces, soportaba apenas el dolor de los pies desnudos al tropezar con los guijarros del camino; contenía un ¡ay!! y

observaba con enojo a su padre.

—Papa... papa...

—¿Y hoy qué querés?

—¿Me van a comprar caites?

—Ummh... si vendés bastante, sí.

—Es que me duelen las patas...

—Aguate, carajo; no se haga el marica; sea hombre. Mire el hijo del compadre como le ayuda a pescar.

Entre quejas de Martín y regaños de su padre llegaron a la ciudad.

.....

(Muerto, muerto y lloraba todavía. Los ojos abiertos, fijos, suplicantes. Las manos enlazadas sobre el pecho. Ni ataúd, ni mortaja; una vela moribunda y la mujer tirando flores... sobre el cuerpo lívido caían los jacintos empapados en lágrimas y en música de estero; perfume de cera de mirto y de arena huracanada. El estero sumiso saboreando noche a noche los luceros. Al principio la locura es una gota de agua, pero crece, crece y lo inunda todo: las manos, la risa, la palabra, los peces y la sangre. La muerte se desnuda prematura en el viento nocturnal para anticipar la nada. ¡Muerto, muerto y lloraba todavía! Caían los jacintos empapados de mar, de llanto, del gran dolor de su locura. Se deslizaban por el cuerpo flaco, por los ojos inmensamente abier-

tos, por los labios gruesos, amaratados. Noche oscura. Terrible noche oscura. La muerte, desde niño, le acechaba entre las sombras).

.....

Claveles rojos, amapolas, azucenas. Indias con largas trenzas negras y vestidos amarillos relumbrantes. Gritos. Insultos populares...

Martín se agarraba con fuerza al pantalón de su padre. Sufría un miedo intenso. Le temblaba todo el cuerpo. No entendía una palabra.

—Este mercado si ques sucio;

—¡Que no ve ques un pescado grande!;

—¿Ese chimbolo grande? ¡ja! ¡ja!;

—Yo le doy un peso;

—Policía, policía me han robado; al ladrón...

—¿Está loca?

—Si me compra todos los que quedan precio especial;

—¿Cuánto?

—Ocho pesos...

Y la mañana se deslizó como una pesadilla.

Almorzaron en uno de los comedores del mercado. Martín no se atrevía a hablar. Su padre le miraba fijamente.

—Ajá, carajo —le dijo— perdió el medio a la gente, ¿verdá? Ya

se va ir acostumbrando; ¿qué dice?

Le golpeó amistosamente la cabeza. Martín insinuó una sonrisa. Su padre repitió;

—¿Qué decís, Martín?;

El niño no contestó; simplemente soltó una risa franca: era feliz. Había olvidado el caracol, la muerte y los gritos del mercado.

Con el tiempo Martín se convirtió en un excelente vendedor. Perdió la timidez, adquirió clientela y una voz enronquecida prematuramente. Se dividían la mercadería con su padre y apostaban a vender más. Martín ganaba muchas veces. Su padre aplaudía, pero en el fondo, sentía algo de envidia.

El trabajo era duro. Terriblemente duro. No más carreas por la playa, no más saltos en las olas, no más... vender, vender, vender, ¡venderse! Y el verbo conjugado con violencia, envolvía todos los minutos, todos los segundos de su vida. Cangrejos, pescados, caracoles. Gritos repetidos en diversos tonos al oído de Martín. Se debe engañar y nos engañan. Entre más se engañe, se gana más. ¿Jugar con un caracol? ¡ja!, ridículo; ¡venderlo! ¡venderse! Habrán muerto más gaviotas y más garzas. La marisma perfumada, ¡ja!, ridículo. ¡Vender! Mal olor a manteca, a sudor, a cár-

cel, a mentira, a engaño, a dolor y más tarde a camiones, a compañías poderosas, a soldados. ¡Venderse! Mal olor por todos lados. Hoy ha estado mala la venta. Ayer estuvo mejor. ¿Cómo estará mañana?

¡Camarones y pescado!; ¡Camarones y pescado!, cómprenlos; cómprenlos. Bien baratos. ¡Bien baraa...tos!

El más grande sacudió la cabeza. Todos los demás movieron las colas acompasadamente. Un cangrejo inmenso soltó sus amarras y empezó a caminar lentamente sobre el pecho de Martín. Los camarones azules observaban silenciosos. Repentinamente se oyó una voz suave, susurrante:

—¿Por qué nos matás? ¿Por qué nos matás? ¿por qué? ¿por qué? Mirá cómo te imploramos la vida; ¿recordás la garza blanca? ¿sos capaz de matar, verdá?

Despertó sobresaltado. El corazón, lleno de ansiedades y zozobras, le palpitaba con violencia. Pensó: "qué fechosos estos sueños; el primer día cuando el pescado me vinieron también; ¡ah! Y el día de la garza... me da miedo esto... me da miedo... para más desgracia mi papa se está poniendo malo... me da miedo".

Las pesadillas se hicieron más y más frecuentes, más y más vivas. Despertaba aterroriza-

do, con deseos de gritar. El miedo al regaño o al golpe de su padre, le obligaba a escapar del rancho hacia la playa. Aún allí oía voces o distinguía muecas. Muchas veces corría hasta no poder más y quedaba tirado sobre la arena, jadeando de cansancio. En las noches oscuras, cuando ni aun la espuma de los tumbos es visible, se ería en las piedras. Gozaba al sentir el dolor y la sangre tibia corriendo entre los dedos sucios de los pies. Acaso en el fondo de su ser pensara que tal era la venganza de los peces.

Los sueños malos se volvieron cotidianos después de una mañana:

—Ya es hora, papá; ya es hora. Nos ha agarrado la tarde, ¡papa! ¡papa!

Su padre no respondió. Martín tardó un poco en darse cuenta de la verdad. Siguió sacudiéndolo hasta no poder más. quiso llorar y no pudo. Fue a despertar a la madrastra, le dio dinero y se dirigió a la ciudad con su carga de pescado. Regresó tres días después. El rancho estaba vacío.

.....

Se oyó una voz fuerte:

—El señor gerente tiene la palabra.

Un hombre alto y bien vestido empezó a hablar:

—Muy estimados consocios:

después de un trabajo intenso nuestros propósitos se han visto coronados por el éxito. Contamos con un capital muy fuerte, con excelentes colaboradores. La inversión extranjera nos ha permitido abrir nuevos mercados. Estamos plenamente seguros de que la empresa florecerá con rapidez. ¡Siendo estas costas ricas, nadie se atrevía a explotarlas! Ya hemos previsto que los primeros tres meses serán de pérdidas. Venderemos el pescado por un precio inferior a su costo. Inundaremos el país de mariscos, en seguida enlataremos y nos lanzaremos a los mercados extranjeros. Hemos invertido más de cien mil colones en transporte: camiones, jeeps, etc. ...

El discurso fue largo. Hubo muchos aplausos y después una copa de champagne.

—¡Caamarones y pescados! ¡caamarones pescados!; cómprenlos; (cómprenlos que si no me muero de hambre; tengo dos días de no comer; cómprenlos desgraciados, cómprenlos).

Miró asustado el camión. Era muy grande y estaba totalmente lleno de mariscos. Se sintió ridículo con su red sucia y pequeña. La voz hería sus oídos:

—¡Aprovechen!, ¡aprovechen!;

compre a mitad de precio; pura cortesía; pocas días de propaganda; Fish y compañía, la casa pesquera que más barato vende....

Las palabras saltaban sobre Martín, despedazando sus pequeñas esperanzas. Nadie le hizo caso. En el mercado no vendió ni un solo centavo. Decidió recorrer las calles de la ciudad en busca de nuevos clientes...

Los pensamientos le retorcián el cerebro: "dondequiera que voy aparecen esos camiones condenados. ¿Cuántos serán? Ni los clientes más viejos me compran. Y estas pesadillas. Compre desgraciados. Han pasado dos días sin comer y a ustedes infelices me los voy a hartar, ni remedio, los tengo que masticar crudos, empezando por los camarones azules que siempre permanecen más crudos, ¡ja! ¡ja!..."

Y así siempre. Veinticinco años apenas...

La locura es una gota de agua, dulce, burlona:

—Cuánto vale ese pescado, le decían;

—Dos pesos— contestaba;

—¿El quéee?

—Dos pesos — repetía tranquilamente;

—¿Está usted loco? ¿Por esa mojarra, dos pesos?

—Dije pescado, no he dicho tiburones —respondía— dejando al cliente sorprendido.

En otras ocasiones:

—¿A cómoda los cangrejos?

—A cuatro pesos la docena;

—¿A cómo?

—A cuatro pesos la docena;

—Por esos cangrejos enanos, cuatro pesos? Son muy chiquitos;

—He dicho cangrejos, no he dicho pulpos —decía Martín, luego sacaba la lengua en son de burla y salía corriendo convulsionado por la risa.

Los pocos ahorros que tenía Martín, se han terminado. Hay días en que no prueba bocado. Las pesadillas y delirios se vuelven continuos. El último eslabón que lo une a la racionalidad queda roto cuando abandona el negocio.

Su grito no se oye más en la ciudad.

La gente se reía a carcajadas. El loco daba un salto, se hincaba y luego se echaba a llorar, cantando con una tristeza profunda:

La garza blanca se quedó dormida.

En el agua del estero,

Su cuello largo, murió,
murió...

Y los sollozos le cortaban la voz.

Unà llanta, una bota; el cuello aprisionado.

Un loco grita: quiero morir. Un autobús se estaciona cerca del lugar. El loco sitúa su cabeza cerca de la llanta del vehículo y grita de nuevo: ¡quiero morir!, la garza blanca, ¡morir!, ¡morir! Aparecen dos policías: arrastran a Martín por la calle, luego le colocan la bota sobre el cuello y le amarran los pulgares tras la espalda.

No pudo llorar. Ni gritar. Pujidos entrecortados. Después la cárcel, la celda inmunda. Y la locura invadiendo hasta los huesos.

Ahora los pensamientos le destrazan el cerebro: el carcelero, un pez carnívoro, y el policía nocturno un tiburón deforme. La garza blanca se tiñó de sangre. La garza blanca. De los poros sale la sangre. Río de sangre. El mar inmenso. El estero y los manglares. La cárcel inmunda. ¿Madre? ¡Cuánto tiempo de no pensar en la madre!; habrá muerto así también. Su rostro se oscurece en el recuerdo. ¡Tiburón! ¡Tiburón! Los pulpos de mil brazos. Gritar. El corazón se viene hasta la boca... la mamá postiza no se metía en nada... desapareció un día... no dijo adiós siquiera...

Y así siempre. Treinta años apenas...

.....

La mujer quiso disimular su miedo y dijo con voz fuerte:

—¿Qué quiere?

—Mire señora — ¡ja!, ¡ja!, ¡ja! — Haga favor... mire, dentro de dos días voy a morir en el rancho de la esquina del estero. Aquí tiene este pisto para que me compre flores y me las eche encima cuando muera. — Allá en un rincón de su cerebro palpitaba el recuerdo del primer día de mercado; claveles rojos, amapolas, azucenas; indias con largas trenzas negras y vestidos de colores...

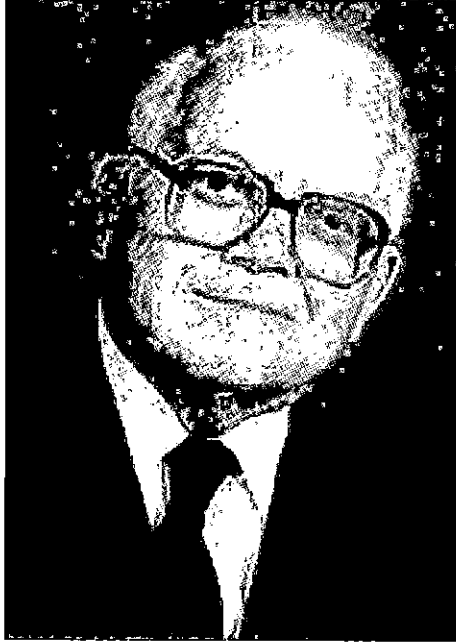
La mujer lo vio, sobresaltada. Maquinalmente tomó el dinero. El hombre se alejó cojeando bajo el gran peso de su locura. Dos

días antes había salido de la cárcel: morir frente al mar querido, añorado, ver una vez más el vuelo de los pájaros marinos, correr por las dunas y romper la flor del agua en mil gotas brillantes, buscar los caracoles, trepar por el tronco de los mangles. Después volver a ser loco y morir.

Martín respiraba hondo la marea alta del estero, perfumada de manglares y de espuma. Corría feliz por la playa ancha. Se zambullía en la cresta de las olas. Chillaba de alegría...

Una vela moribunda. Ni ataúd ni mortaja. El mar inmenso, los manglares, y un hombre pintado por Buffet, envuelto en flores.





José María Méndez